

no. La mayor parte de nosotros pertenecemos á antiguas familias que han querido seguir siempre los caminos de Dios, y si Hellgum puede ayudarnos en eso, de buena gana le tomaremos por guía.

Al día siguiente corrió la voz por la comarca de que en Ingmarsgard acababa de fundarse una comunidad religiosa que pretendía poseer el único verdadero cristianismo.



## CAPITULO VII

### EL NUEVO CAMINO



la primavera siguiente, algún tiempo después del deshielo, Ingmar y Stark bajaron á la tierra poblada para organizar la carpintería. Habían pasado todo el invierno en la selva, abatiendo pinos y carbonando. Cuando Ingmar se volvió á encontrar en la llanura, se produjo á sí mismo el efecto de un oso que hubiese salido al fin, á medias dormido, de su madriguera. El cielo descubierta, y el resplandor del sol, de que se había desacostumbrado, le hacían parpadear. El mugido del torrente y la voz de los hombres le

aturdían, y la algarabía de la granja que zumbaba á sus oídos le producía un verdadero martirio. Y, sin embargo, experimentaba desusado placer. Sabe Dios que ni sus maneras ni su aire lo descubrían; pero esta primavera ni los retoños nuevos de los árboles se sintieron más jóvenes que él. ¡Qué gozo el de dormir en una verdadera cama, comer platos calientes, ser mimado por Karina tan tiernamente como hubiera podido hacerlo una madre! Karina había encargado trajes nuevos para él, y, como en los tiempos de su niñez, salía á cada instante de la cocina, para deslizarle alguna golosina entre los dedos.

¡Y qué extraordinarias cosas habían acontecido, durante el tiempo de su invernada en la selva! Sólo ecos vagos habían llegado hasta allí arriba de las docrinas de Hellgum. Pero, cuando Halfoor y Karina le contaban su presente felicidad y de que modo sus amigos y ellos intentaban ayudarse mutuamente en el camino de Dios; se sintió maravillado.

—Naturalmente, esperamos que serás de los nuestros,—dijo Karina.

Ingmar respondió que mucho le pluguiera, pero que antes debía reflexionar.

—Me he pasado este invierno deseando que participases de nuestra felicidad—añadió la hermana;—ya no vivimos sobre la tierra, sino en la celeste Jerusalén, que ha bajado de los cielos.

Ingmar mostró evidente contentamiento al enterarse de que Hellgum no había dejado aún el país; pues durante el último verano, Hellgum había descendido amenudo á la carpintería y entrambos habían trabado amistad. Ingmar admiraba en él al hombre más admirable que hubiese encontrado, al más elocuente, al más viril, al más seguro de sí mismo; y cuando, viendo á veces que los encargos llevaban prisa, el antiguo herrero, se quitaba el paletó y prestaba su auxilio á la labor, el muchacho no volvía de su asombro al verle trabajar tan rápidamente y tan bien.

Por aquel entonces Hellgum estaba ausente, pero pronto regresaría.

—Ya verás, ya verás cuando ha-

yas hablado con él—decía Karina, cada vez que se trataba del asunto.

Ingmar parecía convencido, aunque le turbaba la idea de hacer algo que tal vez su padre no hubiese aprobado.

—A mí me parece—respondía Karina,—que él hubiera aprobado nuestra conducta, porque él nos enseñó siempre que debíamos seguir los caminos de Dios.

Todo iba pues á maravilla y jamás Ingmar hubiera soñado que pudiese encontrar tal dulzura en la compañía de los hombres. Solo una cosa le faltaba para su entera felicidad. Nadie le rezaba palabra de los Storm ni de Gertrudis. Hacía un año que no había vuelto á ver á la muchacha. Pero, así como el verano anterior, cada día, á cada instante, se le hablaba de ella y del maestro de escuela, este verano acontecía todo lo contrario. Este silencio debía de ser sin duda hijo de un simple azar; pero ¿cómo no se sentiría inquieto este ser tímido que no podía resolverse á formular las preguntas que le quemaban los labios, y que á nadie se le ocurría provocar?

Sin embargo, si el joven Ingmar estaba satisfecho, el viejo Stark se mostraba taciturno, malhumorado y huraño.

—Debe de aquejarte el mal de la selva—le dijo Ingmar, mientras sentados en sendos troncos de árboles despachaban su comida.

—Sí. Bien sabe Dios que hubiera preferido no volver.

—¿Pero, hay algo que no ande á derechas por ahí?

—¿Y lo preguntas? Harto debieras saber que todo va de mal en peor á causa de Hellgum.

Ingmar respondió que había oído precisamente lo contrario; que Hellgum se había convertido en personaje importante.

—¡Ah, sí! De tal importancia, que todo en el pueblo anda al revés.

El joven notaba con asombro que Stark jamás manifestaba el menor afecto por su familia. Lo único en el mundo que le importaba al arrendatario era Ingmarsgard y los Ingmarsson.

—Me parece que la doctrina de Hellgum es buena—dijo Ingmar,

obligado á defender al yerno ante el suegro.

—¡Ah! ¿De veras?—refunfuñó el viejo con cara de pocos amigos.—¿Y también te parece que el Gran Ingmar la hubiera encontrado buena?

Ingmar respondió que seguramente su padre hubiera querido juntarse con Hellgum, para llevar una vida de justicia.

—¿Imaginas pues que el Gran Ingmar hubiera aprobado que se llamase diablos y anticristos á cuantos no pertenecen á la comunidad, y que hubiera roto con sus antiguos amigos, si estos conservasen la antigua fe?

—No creo—dijo Ingmar,—que personas como Hellgum, Halfoor y Karina obren así.

—Intenta resistirles y verás lo que vales á sus ojos.

Ingmar cortó en grandes pedazos su rebanada de pan con manteca y se los llevó á la boca. ¡Qué fastidio, ese mal humor de Stark!

—¡Ah! Es soberbio—suspiró el viejo después de un silencio.—¡Lo que son las cosas! Aquí estás tú, el hijo del Gran Ingmar y nadie te pregunta

tu parecer, mientras que mi Anna Lisa y su marido figuran entre los notables. La gente principal del pueblo se multiplica para darles gusto y recibirles, y hácenles reverencias ó invitanles continuamente á banquetes.

Ingmar mascaba el pan sin responder.

—¡Valiente doctrina, á fe mía, valiente doctrina!—continuó Stark.  
—¡Ya lo creo! La mitad del pueblo se ha juntado con Hellgum. Nadie ha alcanzado un poder como el de Hellgum, si siquiera el Gran Ingmar. Separa á los hijos de los padres, porque los que le siguen, no deben continuar entre los pecadores. Basta una seña de Hellgum para el hermano deje á su hermano, el amigo á su amigo, el novio á su prometida. Este invierno no ha habido casa en que no haya ejercitado su poder de esta manera. ¡Ah, sí! ¡Contento hubiera estado el Gran Ingmar! ¡Le hubiera animado! ¡Le hubiera ayudado! ¡Ya lo creo, oh, sí, ya lo creo!

Ingmar paseaba la mirada á su alrededor, como si buscase por donde escapar. Sentía que Stark exage-

raba, pero, aunque así fuese, veía alterado su íntimo contentamiento.

—Yo no niego—prosiguió el viejo—que Hellgum lleva á cabo cosas maravillosas: logra mantener en amistad á ciertas personas que la vispera no acertaban á sufrirse; toma al rico para dar al pobre y hace que unos vigilen á los otros, sin que de eso resulten disputas. Pero compadezco á los que no son de su cuerda, á los que ellos llaman criaturas del diablo. Bah, tal vez no seas de mi parecer... Antes, en tiempo del Gran Ingmar, vivíase en buena inteligencia en nuestro pueblo, el cual era considerado como el más amable y apacible de la Dalcarlia. ¡Hoy, ángeles contra diablos, corderos contra cabritos!

«Me gustaría que ya fuese ocasión de trabajar—pensaba Ingmar, aburrido.—¡Quién me librará de esta conversación!»

—Y—continuó Stark—tal vez no pase mucho tiempo sin que todo concluya entre tú y yo. Si tú figuras en su banda, no permitirán que me frecuentes.

Ingmar se levantó y echó un terno.

—Sí, si continúas divagando, bien puede suceder que esto pase. Me parece que ya deberías saber que nadie puede descontentarme de los míos; y, en cuanto á Hellgum, es el hombre más bueno y fuerte que conozco.

Estas palabras impusieron silencio al viejo arrendatario, el cual, un instante más tarde, le dejó. Bajó al barrio de la iglesia, á la casa de su amigo el cabo Falt.

—No he encontrado hace siglos—refunfuñó—una persona sensata.

Al día siguiente, por la mañana, cuando, á cosa de las cinco, Ingmar volvió á la carpintería, Stark le había ya tomado la delantera.

—Hoy—dijo—podrás ver á Hellgum. Anna Lisa y él regresaron ayer por la tarde. Creo que han vuelto á toda prisa para convertirme.

—¡Bueno, ya volvemos á las andadas!—dijo Ingmar.

Las palabras del viejo le habían resonado en los oídos durante toda la noche: se devanaba los sesos; no acertaba á decir quién tenía razón y quién andaba equivocado. Pero lo que no quería de ninguna manera es oír á sus allegados.

Stark permaneció silencioso un instante, después se puso á reír por lo bajo.

—¿Qué tienes?—le preguntó Ingmar, que estaba á punto de empezar el trabajo.

—Me río de Gertrudis, la del maestro de escuela.

—¿De Gertrudis? ¿Y por qué?

—Porque se dice en el pueblo que sólo ella tiene influencia sobre Hellgum.

—¿Pero qué tiene que ver Gertrudis con Hellgum?

El muchacho no levantó la compuerta, porque en cuanto la sierra se había puesto en movimiento ya no podía oírse nada.

—¡Ah, me figuraba que me habías prohibido hablarte de esas historias!—respondió Stark.

Ingmar sonrió ligeramente.

—¡Oh, tú—dijo—siempre te las arreglas para obtener lo que se te antoja!

—¡Buena; pues se trata de Gunhilda, la hija del decano, esa loca!

—No sé que esté loca—interrumpió Ingmar.

—Llámala como quieras. Lo cierto

es que se encontraba en Ingmarsard cuando fundaron la secta. De regreso á su casa significó á sus padres que, habiendo abrazado la única doctrina verdadera, se iría á casa de Halfoor para habitar en ella. Sus padres le preguntaron el motivo de su decisión. Respuesta: para llevar una vida de justicia. Ellos declararon que ya podría llevarla viviendo con ellos. Pero la pécora les replicó que esto era imposible, porque no tenían la misma fe. «¿Todos los que tienen tu fe irán á habitar en Ingmarsgard?» le preguntó el decano. No; sólo ella. «Los demás tenían la suerte de vivir rodeados de buenos cristianos». El decano y su mujer, buenísimas personas, trataron de devolverla con blandura á su antigua sensatez. Pero siguió en sus trece, y su resistencia encolerizó tanto á su padre que la encerró en su cuarto...

—¡Pero me habías dicho que me ibas á hablar de Gertrudis!

—¡Paciencia! A ello voy... Al día siguiente, Gertrudis y la madre Stina se encontraban en la cocina hilando, cuando la mujer del decano entró;

ella, que tiene siempre cara de pascuas, estaba mortalmente triste. Daba miedo.—¡Qué cara traéis!—exclamó la madre Stina.—¡Y qué cara vá una á poner cuando se ha perdido el bien máspreciado!...—¡Oh, si pudiese pegarles!

—¿A quiénes?

—¡A Hellgum y á Anna Lisa, hombre!... ¿Quieres creer, Ingmar, que habían ido por la noche á casa del decano y habían raptado á Gunhilda?

Ingmar lanzó una exclamación.

—¡En verdad, mi hija se ha casado con un bandido!—exclamó el viejo. A media noche golpearon la ventana del cuartito, y preguntaron á Gunhilda por qué no había ido á Ingmarsgard. Ella les contó que su padre la había encerrado, y Hellgum declaró que el diablo había empujado á su padre á hacerlo. Todo lo oyeron los padres...

—¿Lo oyeron?

—Desde su cama, en el otro cuarto, oyeron cuanto decía Hellgum.

—¡Pero hubieran podido echarle á cajas destempladas!

—No; querían que Gunhilda esco-

giese por sí misma. Como ellos habían sido siempre buenos y amantes, no podían creer que su hija huyese de ellos, y esperaban, desde la cama, convencidos de que no querria abandonarles.

—¿Y ella consintió?

—Sí; Hellgum insistía, y los padres comprendiendo que no tenía ya fuerzas para resistir, la dejaron marchar... Hay personas así... Pero, al día siguiente, la madre se arrepintió y corrió á casa del maestro de escuela, y suplicó á Gertrudis que le hablara á Gunhilda, porque el decano había declarado que no iría á buscar á su hija, y que no volvería á verla, salvo que ella regresara de buen grado.

—¿Qué hizo Gertrudis?

—Fuese á encontrar á Gunhilda, la cual se mostró sorda á sus palabras. Pero, al salir, reparó en Hellgum, el causante de la desgracia. Adelantó hacia él, comenzó á disputar, y á pique estuvo de pegarle.

—Sí, Gertrudis sabe hablar—dijo Ingmar lleno de admiración.

—Ella le dijo á Hellgum que obra-

ba como guerrero pagano, y no como maestro que habia enseñado el cristianismo, quien viniese así, de noche, á arrebatár á una muchacha de su casa.

—¿Y qué respondió Hellgum?

—La escuchó un instante, y luego confesó que tenía razón y que la violencia le habia aconsejado mal. Y, por lo tanto, devolvió Gunhilda á sus padres.

—Gertrudis es valiente—dijo Ingmar sonriendo;—y, aunque sea á veces algo excesivo en su violencia, Hellgum es un hombre ejemplar.

—¡Ah, con que eso sales diciendo! —saltó Stark.—Yo imaginé que esa deferencia de Hellgum hacia Gertrudis te sorprenderia, á lo menos.

Permanecieron silenciosos los dos. Luego Stark prosiguió:

—Muchos son los que me han preguntado noticias tuyas: desean saber á qué lado te inclinarás.

—Me parece que esto no tiene importancia.

—Es que, mira, nos gusta en este pueblo tener una persona que nos dirija y gobierne. El Gran Ingmar ya no existe; el maestro de escuela

ha perdido todo su influjo y el pastor no lo ha tenido jamás. He aquí por qué se sigue á Hellgum, mientras tú permaneces en la sombra.

Ingmar dejó caer las manos con ademán de desaliento:

—¡Pero si yo ignoro quién tiene razón!

—Lo que espera la gente es que la libertes de Hellgum. Puedes estar seguro de que esta invernada en el bosque nos ha ahorrado muchos disgustos. La vida ha sido dura aquí, antes que las gentes se acostumbrasen á ser llamadas demonios y perros del infierno. ¡Figúrate que hasta los niños se han metido á predicar y que han querido censurar á Storm!

—¿Es posible?

—Sí. Es más; unos veinte chiquillos entraron en la escuela para convertir á Storm, que estaba escribiendo en sus libros.

Ingmar no pudo menos de reír.

—El pobre Storm se quedó tan boquiabierto, que nada acertaba á hacer ni á decir. Afortunadamente, Hellgum se encontraba en la cocina, cerca de Gertrudis...



—¿Hellgum, cerca de Gertrudis?

—¡Oh, desde el asunto de Gunhilda son muy buenos amigos!... Y él fué quien despachó á los niños, comprendiendo que aquello ya era demasiado ridículo.

Ingmar observó que Stark le miraba con ojos extraños, como los de un cazador que contempla á un oso caído y no sabe si asestarle el golpe final.

—¿Qué esperas de mí?—murmuró.

—¿Qué voy á esperar? No eres más que un chiquillo y nada posees, salvo tus manos vacías.

—¡Dios me perdone! ¡Creeré que quieres verme acabar con Hellgum!

—Podrías decidirle á partir; así demostrarías á la gente lo que tú vales.

Ingmar se apartó del viejo arrendatario y puso la aserradora en movimiento. Le escocían en la lengua las preguntas sobre la muchacha y hubiera deseado saber si se había reunido con los Hellgumianos. Pero era demasiado orgulloso para no ocultar su inquietud.

A las ocho Ingmar volvió á la granja á almorzar, y, según costum-

bre, encontró en la mesa las buenas cosas que le habían sido reservadas. Cuando volvió á ver á Halfoor y á Karina, su dulzura y su sonrisa lograron que las palabras de Stark le parecieran inverosímiles, y su espíritu se aligeró. Pero pronto el recuerdo de Gertrudis le oprimió el corazón hasta el punto de que no podía comer.

—¿Hace mucho tiempo que no has estado en casa del maestro de escuela, Karina?—preguntó bruscamente.

—Sí—respondió Karina sin vacilar:—no quiero frecuentar gentes impías.

Esta respuesta le hizo reflexionar. ¿Debía hablar ó callarse? Lo primero representaba tal vez entrar en lucha con su familia; pero su silencio autorizaría á creer que aprobaba lo que le parecía mal.

—Jamás he visto la menor impiedad en el maestro de escuela—prosiguió,—y, sin embargo, he vivido en su casa cuatro años.

Karina, por su parte, dudó, como Ingmar, si debía hablar ó callarse, pero, aún á riesgo de herir á su hermano, juzgó preferible atenerse á la

verdad, y respondió que, desde el momento en que alguien rehusaba el llamamiento de Dios, bien se le podía llamar impío.

—La educación de los niños—dijo Halfoor interviniendo,—es de la mayor importancia.

—Storm ha educado á todo el pueblo, y á ti también, Halfoor,—dijo Ingmar.

—Pero no nos ha enseñado á llevar una vida de justicia,—dijo Karina.

—Supongo, Karina, que siempre has intentado llevarla.

—Atiende, Ingmar; vivir según la antigua doctrina es avanzar sobre un tronco de árbol redondo. Uno se mantiene en pie un instante; y se cae al instante siguiente. Pero si mis semejantes me dan la mano, puedo, sin resbalar ni caer, seguir el estrecho camino de la justicia.

—No habría mérito entonces.

—Continúa siendo difícil, pero ya no es imposible.

—Pero, en fin ¿qué ibas á decir á propósito del maestro de escuela?

—Los que están con nosotros, le han retirado sus hijos.

—¿Y él, qué ha hecho?

—Ha dispuesto, según la ley, que fuera á buscarles el guarda campestre.

—¿De manera que vivís en discordia?

—Nosotros sólo nos ocupamos de nuestros hermanos.

—¿Y á los demás hombres los consideráis como enemigos?

—Nos mantenemos alejados de quien puede conducirnos al pecado.

A medida que se prolongaba la entrevista, bajaban la voz. Cada palabra, cada murmullo de sus bocas lentas aumentaba la angustia.

—Pero puedo saludarte de parte de Gertrudis—dijo Karina con acento que se esforzaba en parecer alegre.—Hellgum ha conversado mucho con ella durante el invierno, y esta noche, según nos ha dicho, tal vez tengamos una nueva hermana.

Los labios de Ingmar temblaron. Durante toda la semana había esperado el golpe mortal, y he aquí que la bala le atravesaba el cuerpo.

—¡Ah—murmuró con voz casi imperceptible,—tendréis una nueva hermana!... Muchas cosas se hacen

acá abajo mientras uno está en lo alto, á la sombra de los bosques.

Así pues, Hellgum había trabajado para insinuarse en el favor de Gertrudis y lo había tendido sus lazos.

—¿Qué voy á hacer ahora?—exclamó de pronto, con el acento de un niño perdido.

—Vas á unirte con nosotros—dijo vivamente Halfoor.—Hellgum ha vuelto, y cuando los dos hayáis hablado pronto te veremos convertido.

—Podría ser que no me dejase convertir—replicó Ingmar con voz sorda.

Halfoor y Karina quedaron silenciosos como muertos.

—Podría ser que yo no quisiese otra fe que la de padre,—repitió Ingmar.

—Nada digas antes de hablar con Hellgum—dijo Karina.

—Pero, veamos, si no me uno con vosotros ¿no me querréis ya bajo vuestro techo?—continuó, levantándose y rechazando la silla.

La respuesta tardaba. El muchacho sintió que algo enorme se desplomaba á su alrededor; pero se incorporó, con el aire ya más ani-

moso. «Ahora que andamos en ello, pensó, valdrá más ponerlo todo en claro».

—Quisiera—dijo,—saber cual es vuestro plan sobre la carpintería.

Halfoor y Karina se miraron uno á otro, como si temieran responder.

—Ten presente—dijo Halfoor,—que á nadie en el mundo queremos más que tí.

—Sí, pero ¿cuál es vuestro plan sobre la carpintería?

—Por de pronto podrás aserrar toda la madera, Ingmar.

Estas palabras esquivas fueron para él un rayo de luz.

—¿Acaso tratáis de que sea Hellgum quien arriende la carpintería?

Su vehemencia confundió á su cuñado y á su hermana; desde que el nombre de Gertrudis había sido pronunciado, toda inteligencia parecía imposible.

—¡Pero deja que Hellgum te hable, hombre!

—Dejaré que me hable; pero quisiera saber para qué vuelve aquí.

—Bien sabes—¿no es eso?—que lo que queremos es tu bien.

—Pero, de una vez: ¿es Hellgum quien arrendará la carpintería?

—Nosotros buscamos para Hellgum un trabajo que le convenga y le permita quedarse en el país. Hemos pensado que, si tú adoptabas nuestra fe, podríais asociaros los dos, porque Hellgum es un excelente operario.

—¿Desde cuándo, Halfoor, temes las palabras francas? Yo sólo te pregunto una cosa: ¿Hellgum arrendará la carpintería?

—Si; la arrendará si tu resistes á Dios.

—Gracias, Halfoor. Ahora ya sé todo lo que puedo ganar siguiendo vuestra fe, y todo lo que perderé no siguiéndola: Gertrudis, la carpintería y nuestro caserón.

Y, volviendo la espalda, salió de la estancia.

Ya en el patio, el muchacho pensó:—«¡Acabemos!»—y se dirigió á grandes pasos hacia la escuela.

Cuando abrió la puerta de Storm, caía una ligera lluvia, una verdadera lluvia de primavera, tibia y fina. Todo en el jardín se llenaba de

botones y medraba, y la tierra se cubría de un verdor tan súbito, que le parecía á uno ver crecer la hierba. Desde lo alto de la escalerilla, Gertrudis contemplaba la lluvia; y los altos cerezos, que ya se disponían á florecer, esparcían las ramas por encima de su cabeza.

Ingmar se detuvo un instante en la verja, sorprendido de esta paz fresca y encantadora. Su exaltación se calmaba. Cerró el portal sin ruido y avanzó hacia Gertrudis, que no le había visto aún. Pero al llegar junto á ella, detuvo sus pasos y su aliento; á la adolescente que él había dejado, doce meses trocáronla en joven esbelta, ágil y altanera. Negros eran sus cabellos, el cuello fino; la cara, de una blancura de cisne, se coloreaba en las mejillas con un rosa vivo, sano. Sus ojos tenían una mirada más profunda, cargada de vaga languidez, y su alegría luminosa se había fundido en la tierna serenidad. Al darse cuenta de esta metamórfosis, una tranquilidad solemne descendió al corazón de Ingmar, como por la mañana de las grandes fiestas religiosas; y lo que experimentaba era tan

bello, que hubiera querido arrodillarse y dar gracias á Dios.

Cuando Gertrudis le advirtió, toda su persona permaneció rígida y una pequeña arruga abrió surco entre sus cejas fruncidas. Este día los pensamientos de Ingmar se sucedían más de prisa que de costumbre. Adivinó que Gertrudis no se sentía dichosa por volverle á ver, y el corazón se le oprimió.—«Te la han robado»—se dijo; y henchido de angustia, preguntó bruscamente á la muchacha si era cierto ó no, que debía reunirse con Hellgum y con los Hellgumianos. Gertrudis respondió que sí.

«¿Había reflexionado despacio que los Hellgumianos no le permitirían frecuentar las personas que no tuviesen su fé?» Gertrudis respondió dulcemente que ya había pensado en eso.

—¿Tu padre y tu madre consienten?

—Aún no saben nada.

—Pero, Gertrudis...

—¡Calla, calla, Ingmar! Es necesario que reine la paz en mi alma. Dios me obliga á ello.

—¡No, no es Dios!—exclamó Ingmar.—Es...

Pero la muchacha se volvió hacia él con un movimiento tan impetuoso que se interrumpió, y añadió solamente:

—He venido á decirte que yo no me uniré nunca con los Hellgumianos, y que si te vas con ellos, quedamos separados para siempre.

Gertrudis hizo ademán de no saber en qué podía interesarle esta amenaza.

—¡Te lo suplico!—prosiguió Ingmar.—¡No hagas eso!

—No pienses que obre ligeramente, Ingmar; he reflexionado mucho.

—¡Pues reflexiona más!

Gertrudis le volvió la espalda, impacientada.

—¡Reflexiónalo, en interés de Hellgum!—gritó el muchacho, cuya cólera aumentaba.

Y la agarró por el brazo; pero la muchacha se desasíó,

—¿Has perdido el juicio, Ingmar?

—Sí, me voy á volver loco, á causa de todo lo que Hellgum ha hecho aquí. ¡Pero es necesario que esto acabe!

—¿Qué es lo que debe acabar?

—Ya lo sabrás otro día.

Gertrudis se encogió de hombros.

—Adiós, Gertrudis—dijo Ingmar; —y acuérdate de lo que te digo: tú no figurarás nunca entre los Hellgumianos.

—¿Qué vas á intentar, Ingmar?—dijo la muchacha, en quien crecía la inquietud.

—¡Adiós, adiós! Piensa en lo que te he dicho.

Se alejaba ya por el camino arenoso y habia vuelto á tomar la dirección de la granja.—Si yo fuese tan inteligente como padre—se decia—si tuviese el poder del Gran Ingmar ¿cómo obraría? Héme aquí á la orilla de perder todo lo que quiero; y no veo salida...—Pero, si acaecia la catástrofe, Hellgum lo pagaría caro. Y la idea de encontrar á Hellgum, le llevó derecho á casa de Stark.

Cuando llegó á la puerta, oyó un ruido de voces agitadas, y ya iba á volver sobre sus pasos, cuando estas palabras llamaron su atención:—«Somos tres hermanos, y hemos venido desde muy lejos á pedirte cuentas, Juan Hellgum, de nuestro pequeño que marchó á América, y

ha entrado en tu comunidad, y á quien tus predicaciones han vuelto loco».

Ingmar dió media vuelta precipitadamente. Otros, pues, podían quejarse de Hellgum, este sembrador de desesperaciones. Bajó á la carpintería; pero, entre el chirriar de la sierra y el mugir del torrente, un grito desgarró los aires. El muchacho no puso atención en ello, absorto como estaba por la ira violenta que le agitaba contra Hellgum. Creyó oír un segundo grito, y sospechó que el apostol y los extranjeros ventilaban su disputa á puñetazos.—«¡Ah, valdría la pena de que los extranjeros acabasen con él!»—pensó.—Un tercer grito, el grito de un hombre en peligro, resonó sobre su cabeza. El muchacho escaló la cuesta á toda prisa.

A medida que se acercaba, los llamamientos desesperados de Hellgum llegaban más distintamente á sus oídos y, cuando llegó al umbral notó que el mismo suelo de la casa parecía vacilar por los choques del combate. Ingmar abría siempre las puertas con lentitud prudente; pero

esta vez lo hizo de una manera aun más dulce y se deslizó tímidamente en la habitación.

Hellgum, que tenía en la mano una hacha corta, había sido rechazado hasta la pared; y los tres extranjeros, tres mocetones, armados de troncos que blandían como mazas, lo sitiaban é iban al asalto. No traían otras armas porque sólo habían venido para dar una paliza á Hellgum; pero, cuando vieron que éste echaba mano al hacha, la sed de sangre se apoderó de ellos, y ya se trataba de un juego de vida ó muerte.

A Ingmar apenas se dignaron mirarle. É Ingmar contemplaba este cuadro como un espectáculo deseado y que repentinamente se le hubiese aparecido en un sueño. De vez en cuando, Hellgum lanzaba un grito agudo.—«No te figures que vaya á ser tan necio que té ayude»—murmuraba Ingmar. En el mismo instante uno de los hombres logró dar á Hellgum en el hombro un golpe tan rudo, que éste dejó el hacha y se desmayó. Entonces los otros abandonaron los troncos y empuñaron sus cuchillos.

Un pensamiento atravesó la mente del joven; un viejo dicho decía de las gentes de su familia que cada cual debía cometer, una vez en la vida, una pequeña cobardía. ¿Era esta su vez? De pronto, uno de los agresores se sintió agarrado por la espalda, levantado en alto y lanzado fuera de la casa. El otro no tuvo tiempo de volverse y fué tratado de la misma manera; y el tercero, inclinado sobre Hellgum, se levantaba cuando un golpe muy recio le obligó á juntarse con sus camaradas.

—¿Qué tal?—les gritó Ingmar riendo—¿os quedan ganas de volver?

Casi hubiera estado contento de que le atacasen; tanto le enardecía el corazón el sentimiento de haber usado de toda su fuerza.

Los tres hermanos iban á lanzarse de nuevo al combate, pero uno de ellos distinguió á una persona que se acercaba por el camino y dió la señal de huir. Pero antes de hacerlo, saltó sobre Ingmar y le pegó una cuchillada en la nuca.

—¡Para que aprendas á meterte en lances ajenos!—gritó.

Y mientras el muchacho tam-

baleaba, escapó, soltando la cajada.

Algunos instantes después, Karina encontraba á Ingmar bajo el dintel, con una herida en el cuello y, en la habitación, á Hellgum, apoyado contra la pared, la cara bañada en sangre, el hacha en la mano. Como no vió á los fugitivos, creyó que su hermano se había encontrado con Hellgum y le había agredido. El recuerdo del crimen maternal cruzó por su mente, y el horror de este espectáculo casi le hizo desfallecer.

Se precipitó hacia Hellgum.

—¡No, no—dijo éste;—á Ingmar antes!

—Nose cura al asesino antes que á la víctima—respondió ella duramente.

—¡Antes á Ingmar, á Ingmar antes!—gritaba Hellgum, que se había levantado, y que, en su exaltación, blandía el hacha contra ella.—¡El es quien ha atacado á los asesinos y me ha salvado la vida!

Cuando Karina comprendió al fin lo que había pasado, regresó á donde Ingmar estaba; pero el muchacho se iba ya y atravesaba la era con paso vacilante. Corrió hacia él:

—¡Ingmar, Ingmar!

—Quería decirte, Ingmar, que Hallow y yo hemos sentido mucho las palabras de esta mañana, y precisamente venía ahora á decirle á Hellgum que, á pesar de todo, tú te quedarías con la carpintería.

—¡Dásela, dásela á Hellgum!—respondió Ingmar.

Y tropezando contra las piedras y troncos, seguía su marcha.

—¡Perdóname—decía Karina, siguiéndole paso á paso,—perdóname, si me he equivocado y me he figurado que te habías batido con Hellgum! ¿Cómo podía figurarme otra cosa?

—Podías figurarte, en efecto, que tu hermano era un asesino.

La hierba pisada por sus pies se erguía de nuevo goteando sangre. Y el nombre de Hellgum que volvía constantemente á los labios del manco iluminó á Karina sobre el odio de que éste se sentía poseído hacia aquel. Sintió entonces toda la belleza de su acción.

—¡Alabado y honrado te has de ver, por lo que has hecho hoy! ¡Morir no quieras, y abandonar tan hermosa gloria!



Ingmar ni siquiera volvió la cabeza. Pero Karina le alcanzó y le puso la mano sobre el brazo.

—¡Quédate, Ingmar! voy á hacerte un vendaje.

Ingmar se desprendió y continuó su camino. La sangre, que se filtraba bajo sus vestidos, manaba hacia uno de sus zapatos y desbordaba de él. Karina seguía la huella roja, retorciéndose las manos.

—¡Detente, Ingmar! ¿Dónde vés?

Se iba hacia la selva, donde no podía socorrerle alma humana; y su hermana avanzaba hacia él con los ojos siempre fijos en el zapato sangriento, cuyas pisadas cada vez eran más rojas.

—¡Dios te bendiga, Ingmar, por haber salvado á Hellgum! Has necesitado el valor y toda la fuerza que caben en el hombre.

Pero Ingmar se alejaba sin escuchar. Entonces Karina se adelantó, le ganó terreno y se puso atravesada en la mitad de su camino. Con los ojos bajos, él se apartó, y dijo tan solo:

—¡Vé á cuidar á Hellgum!

Ingmar se echó á reir con amarga

risa, y la miró con rostro pálido y descompuesto.

—¡Vé, vé allí! ¡Ya sé que desearías cuidarle!

... Y los pasos vacilantes dejaban tras sí un rastro de sangre no interrumpida. Y esta sangre enloquecía á Karina, exasperando en ella el grande amor que habia sentido siempre hacia su hermano. Pero, desde el fondo de su dolor, estaba orgullosa de él, como de una vigorosa rama joven salida del noble árbol antiguo.

—Ingmar, tu vida no te pertenece: debes cuenta de ella á Dios y á los hombres. Si está en mi mano hacer algo, sea lo que fuese, para devolverte el gusto de vivir, dilo.

Ingmar se agarró al tronco de un árbol para no caerse y respondió con risa incrédula:

—¿Aceptarias tal vez el mandar á Hellgum á América otra vez?

Karina, inclinando los ojos hacia la pequeña balsa de sangre, que se formaba alrededor del pie izquierdo de Ingmar, quería representarse el sacrificio que su hermano exigía de ella. ¡Le sería preciso, pues, salir de ese jardín celestial en que habia

vivido todo el invierno y descender al triste y miserable mundo de los pecados!

El muchacho le miraba el blanco de los ojos. Su rostro era joven y pálido; la piel se hundía entre los huesos de las mejillas; su nariz se adelgazaba como la de un muerto. Pero su grueso labio inferior se adelantaba más autoritario que nunca, y la línea dura que se hundía junto á la boca se hacía más profunda aún.

—No creo que Hellgum y yo podamos vivir en un mismo pueblo; pero soy yo el que va á ceder el sitio.

—No—dijo por fin Karina:—si permites que te cuide, te prometo que Hellgum partirá.

«Dios sabrá encontrarme otro apoyo—pensaba.—Pero yo no puedo dejar de obedecer á Ingmar.»

Ingmar había sido vendado: la herida no era peligrosa, pero necesitaba de algunos días de reposo. Le habían acostado en el piso alto, y Karina, sentada á su cabecera, le oía delirar, y comprendió que no todas sus penas procedían de Hellgum y de la carpintería.

Hacia el anochecer, la fiebre cesó y su hermana le dijo:

—Está una persona abajo, que desearía hablarte.

El muchacho respondió que estaba harto fatigado para recibirla.

—Me parece que esta visita te sería beneficiosa—replicó Karina.

Y Gertrudis entró. Cuando se acercó á la cama, Ingmar se puso una mano ante los ojos.

—¿Qué? ¿No quieres verme?—murmuró Gertrudis.

Ingmar meneó la cabeza.

—Sin embargo, es necesario que sepas...

—Quizá que te has convertido á la secta de Hellgum.

—No, Ingmar; es necesario que sepas...

Arrodillóse ante la cama, apartó la mano con que el muchacho se tapaba los ojos, se ruborizó, dudó y dijo por fin:

—El año pasado, cuando nos dejaste, había empezado á quererte de veras.

Ingmar se ruborizó á su vez, pero inmediatamente su rostro volvió á tomar una expresión grave y desconfiada.

—Suspiraba por ti...

Ingmar recibió estas palabras con una sonrisa de duda, y le acarició ligeramente la mano para darle gracias por su bondad.

—Pero tú no has vuelto á verme ni una sola vez. Se hubiera dicho que no existía para ti.

—Ya comprendes que no debía volver hasta que me hubiese asegurado una posición y pudiese pedirte en matrimonio.

—Pero yo imaginé que me habías olvidado—añadió Gertrudis, y las lágrimas inundaban sus párpados.

—¡Ah! ¡Si supieras que año tan triste he pasado! Hellgum se mostró bueno para conmigo y me consoló. Me repitió que mi corazón alcanzaría la calma, cuando me hubiese entregado completamente á Dios.

El muchacho la contempló con una esperanza muy nueva en los ojos.

—Cuando te vi esta mañana me espanté, porque temí que no podría resistirte y que tendría que luchar aún...

Una sonrisa resplandeciente floreció en el rostro de Ingmar que continuaba silencioso.

—Pero esta noche, cuando me han dicho que habías socorrido á quien odiabas, ya no he podido contenerme...

El rostro de la muchacha se había teñido de púrpura. Inclínada sobre la mano de Ingmar, Gertrudis apoyó los labios en ella.

Entonces le pareció al muchacho que grandes campanas tañían en su oído, tocando á Pascuas ó á Navidad. Una paz, la paz santa y profunda de los domingos, se hizo en su alma. El amor, más dulce que la miel, impregnaba su lengua, y se esparció por todo su ser, en una beatitud dichosa.

FIN